

Ricardo no contestó y fué detrás de él hasta un cuarto, en el fondo del corredor, donde una lámpara medio bajada esperaba encima de una mesa-escritorio. Grandes golpes sordos, procedentes del molino y de su máquina hidráulica servían de ritmo al silencio del lugar. Delcrús subió la mecha de la lámpara y llamó á su escribano, que trabajaba en la pieza inmediata. Mientras cuchicheaban y escribían, Ricardo se entretuvo en mirar por una elevada ventana de reja, á otro pequeño patio, donde encima de una puerta amarilla leyó con trabajo, por lo escaso de la claridad, estas palabras: PRISIÓN CELULAR... ; Oh, aquella puerta lívida y baja ! Y qué bien simbolizaba la miseria cautiva el murciélago que se veía dando vueltas en la estrechez de cuatro paredes negras, durante esta pesada tarde de estío.

— Mi querido Sr. Fénigan... al oír la voz punzante del juez se volvió Ricardo hacia la mesa... lo siento infinito ; pero me veo obligado á mantenerlo á disposición de la justicia.

Ricardo Fénigan pareció aterrado ; pero debía esperar alguna sorpresa de este género por cuanto al bajar del coche dió con disimulo al cochero, impasible en su pescante, dos palabras para Lidia : « Huye en seguida... No importa á donde vayas, antes de ocho días estaré contigo. »

XVIII

Dejando seguir su camino al coche de Ricardo, el abate Ceres cruzó la calle de Soisy donde salían de cada puerta chisporroteos de leña verde con un fuerte olor de sopa de ajos y llamó á la puerta del hospicio.

— Nuestra querida madre superiora continúa enferma, le contestó la tornera ; pero si el Sr. abate quiere ver á Sor Marta, la encontrará en el primer patio.

La irlandesa, en torno de la cual saltaba y jugueteaba un racimo de chicuelas de todos tamaños, sacudió su traje con ambas manos para acercarse al anciano sacerdote, jadeante aun á fuerza de hacer como las muchachas. Desde las primeras palabras del vicario se agitaron con grata sorpresa las grandes alas de la toca, tan blancas en la negrura del patio : « Venga V. por aquí, Sr. abate,

nadie podría enterarle mejor que yo. » Y en el locutorio suavemente iluminado y perfumado por el altar de rosas, levantado con motivo del mes de Mayo delante de la imagen de la Virgen de largo rosario colgante, Sor Marta, con uno de sus bruscos movimientos de lego, sacó de la biblioteca un voluminoso registro de lomo verde y después de ojearlo rápidamente, dijo :

— He aquí la fecha exacta de la entrada de nuestra pequeña Lidia en el hospicio... 28 de octubre de 1860. Hará pronto veintinueve años, el primero de mi noviciado y sin duda por esto tengo presentes los menores detalles de esta adopción... Las ocho, oración de la noche. María de Betania, la hermana tornera, que precisamente acaba de abrirle la puerta, se acercó á la superiora haciendo ademanes de susto. Acababa de recoger en su torno una niña de diez y ocho meses á dos años, dormida, medio desnuda, y envuelta en una manta donde estaba clavado con un alfiler, á manera de mariposa, un papel blanco con el nombre de Lidia en letra grande y fea.

— Efectivamente, es lo mismo, repetía el vicario inclinado sobre el volumen. La irlandesa preguntó regocijada : « ¿ Ha encontrado V. su familia?... Estaba persuadida... gentes del país...

— No, hermana.

— ¿ De elevada alcornia sin duda ?

— ¡ Oh, muy lejos de eso !

— Sin embargo, recuerdo que en la manta, una enorme manta de caballo, estaban impresas una corona y escudo de armas. También lo dice el registro; lea V.

— Me temo mucho que esa manta fuera robada dijo el vicario de la Pequeña Capilla sonriendo con indulgencia. La irlandesa exclamó con indignación : « ¡ Robada ! ¿ pero de dónde sale la pobreniña ? »

El vicario manifestó que no podía revelar sino á la mujer de Ricardo en persona el misterio de sus orígenes. Era un compromiso adquirido con un anciano abuelo que, hallándose cerca de la tumba, quería ver á su pequeña Lidia. « Si he empezado por venir aquí, hermana, es para comprobar ciertos pormenores, ciertas fechas de un relato muy confuso, balbuciado por una boca sin dientes, que la edad y la enfermedad deforman ; pero que sin embargo ha dicho la verdad según veo. » Púsose en pie y Sor Marta hizo lo mismo, sin insistir, aprobando esta reserva tanto más cuanto que, según decía, todo el mundo en casa de los Fénigan y en el hospicio tenía la ilusión de que Lidia era de elevada alcornia.

— ¡ Cuidado si hay diferencia ! contestó el abate con gran llaneza...

Ya era muy tarde aquella velada cuando el abate Ceres acompañaba á Lidia por la orilla del Sena que tantas veces reconociera antes la joven cuando acompañaba á su marido para echar ó recoger las redes de pescar. Envuelta en un gran velo de encaje, precedía al sacerdote y le indicaba acá un bache, acullá la argolla en que amarraban una barca, pues él andaba muy despacio, llevando en sus manos el viático. No obstante la claridad de la noche, una densa neblina salía del agua y confundía las dos riberas, extendiéndose en capas ligeras hasta la mitad de la colina. Cuando se acercaban á la caleta donde estaban amarrados los botes de Ricardo, vieron una luz á través de las puertas mal unidas de la casucha. Al mismo tiempo se precipitó á su encuentro una sombra flacucha.

— ¿Es V., tía Lucriot?

— Si, señor abate : nos trae V. muy tarde la comunión, pues el tío Jorge acaba de morir.

La pequeña sombra, agitándose en la bruma, con gestos de títere detrás de un papel untado de aceite, remedaba y refería los supremos momentos del pobre anciano.... Toda la velada había estado mascullando cosas incomprensibles, acechando la puerta con sus ojos de gato. Después, al llegar el médico, se enderezó en la cama, y no viendo llegar

lo que esperaba se había desplomado con la boca abierta sin volver á respirar. Por fortuna, la tía Lucriot tenía una botella de agua bendita y desde hacía una hora velaba al muerto.

— Gracias, buena mujer, dijo el vicario... Ahora espérenos V. aquí; ya la llamaré.

Y suavemente empujó á Lidia delante de sí; la infeliz temblaba. Dos candeleros de plata sobre una silla cubierta con un blanco mantel preparado para el viático formaban un rincón de luz y de claridad en la cabecera del moribundo, en medio de una masa húmeda de remos, anzuelos, redes, boyas y cañas de pescar. Las manos, los brazos y todo el cuerpo del anciano mendigo se perdían á partir desde el cuello en la sombra informe, con los andrajos de que estaba cargado el colchón; únicamente surgía la cabeza, tranquila y magnífica, y no avinada y rojiza como antaño, sino de color blanco de cera en que se condensaban las facciones limpias de contorsiones y de arrugas. Aun la barba, peinada, desenredada, se extendía majestuosa y hacía pensar en un anciano rey Lear de camino real, herido por la muerte mientras su Cordelia llegaba.

Sofocada al principio por este indefinible olor de hormiga que exhalan los vestidos y los cuchitriles de verdadera miseria, el *olor de pobre*,

Lidia fué impresionada de pronto por la belleza, la distinción de aquella efigie de viejo mendigo ; y ante la niveladora muerte, la vergüenza que la dominaba desde que tuvo noticia de ser nieta de un vagabundo, dejó libre el puesto á tierna y respetuosa piedad. El sacerdote la había arrastrado casi á pesar suyo, indignada, furiosa, dispuesta á protestar contra el origen infamante, á gritarle al viejo ; « Mientes... » Ahora, inclinada sobre el demacrado rostro que tal vez le revelaba algún parecido, sus ojos se llenaron de llanto al recordar la vida de abnegación y de miseria que Ceres le acababa de referir.

... El camino de Corbeil, una tarde de otoño. Un carro de saltimbanqui que pasa, cargado con sus bohemios, vendedores de cestos, afiladores de hoces y autores de sortilegios. El pan que falta, las ruedas que rechinan por no haber aceite. Y he ahí que, á la entrada de Soisy, el hermoso hospicio de techado nuevo, de cortinillas claras, da á los vagabundos la idea de dejar allí uno de sus pequeñuelos, el más joven, la niña linda, angelical, que al caer el día abandonan debajo del pórtico que la cruz corona. La madre lloró la primera noche ; pero habiendo otros muchos que alimentar, se consuela pensando que por lo menos aquella escapará á las privaciones. Unas cuantas

vueltas de las ruedas y ya nadie de la caravana piensa en la chicuela, nadie exceptuando al anciano abuelo que se queda para mendigar su pan en torno del convento de Soisy y ver si acogen á la niña abandonada, y que, durante treinta años, hasta su muerte, no se ha movido de la comarca, viendo pasar, crecer, convertirse en joven y en mujer á la linda bohemia, sin haber revelado nunca el secreto de su humillante paternidad.

Y Lidia recuerda... Los jueves de paseo el anciano mendigo sigue desde lejos á las huérfanas por el ardoroso camino. « Lidia, tu pobre... » gritan las pequeñas. « Lidia, tu enamorado » ... cuchichean las grandes, á la vez que todas señalan riendo al vagabundo de cabeza calva cruzada por una gruesa vena azul que el sol entumece... Otros días, la tierra está inundada, grandes vendabales siembran la lluvia de otoño y extienden por el horizonte la inmensa red gris de mallas compactas y agitadas, entre las cuales aparece, sentado en un guardacantón la silueta del tío Jorge que levanta en dirección del locutorio del hospicio su barba y sus ojos chorreando agua... Y aquella mañana del invierno último, durante su convalecencia en el convento, cuando recogían al anciano debajo de sus ventanas, sepulto en la nieve donde había pasado la noche... Y aquella otra mañana de

hace dos años, siniestra no obstante el claro sol de Julio, cuando al evadirse Lidia por la verja del bosque encontró al tío Jorge que de pronto se alzó frente á ella en el camino, como si hubiera adivinado su locura y tratado de oponerse á ella. Oh, sí, sabía que su niña se iba, tal vez perdida para siempre, y el sollozo desesperado que le lanzó como adiós hubiera debido advertir á Lidia que debajo de aquel montón de andrajos latta heroica y tierna abnegación... ¡ Pobre tío Jorge ! ¡ Y decir que al cabo de tantos sufrimientos no había podido tener la suprema alegría de ver y de abrazar una vez, una sola vez á su hija, antes de exhalar el postrer aliento ! Su Cordelia había llegado demasiado tarde y frente al antepasado dormido para siempre, se preguntaba cómo pagar tanto sacrificio y tanto amor.

— Ciérrele V. los ojos, señora ; es cuanto deseaba.

Lidia se estremeció al oír estas palabras del sacerdote, é inclinándose sobre la frente del muerto, ya frío y duro como un guijarro, puso allí la caricia de su boca, y bajó los párpados inertes sobre la vidriosa mirada, para siempre ausente. « Esto es también todo lo que yo podía darle, » murmuró, y dirigiéndose al vicario : « Le ruego á V., señor vicario, que no me tome por la mujer orgullosa y sin corazón que voy á parecerle al

pedirle que reservemos por completo lo ocurrido aquí esta noche.

— Iba á proponérselo á V., contestó friamente el sacerdote. Comprendo las consideraciones de familia...

Pero ella le interrumpió :

— No, V. no sabe... V. no puede saber... Las consideraciones de que me habla no me habrían impedido confesar mi origen y hacer á mi anciano abuelo funerales dignos de su valor, yendo yo en persona al frente del séquito. Bien lo merecía... Pero terribles é imprevistas circunstancias... Acaban de prender á mi marido, Sr. Ceres, esta misma noche, por la muerte del príncipe de Olmutz... Ha habido asesinato y acusan á Ricardo. Esto le explicará la turbación en que estábamos todos en la quinta, y como ha podido pasar desapercibida mi ausencia. Cuando V. llegó, acabábamos de recibir la noticia y ya puede V. figurarse el estupor, la desolación de mi suegra. ¡ Su hijo acusado de asesinato, un Fénigan en la cárcel... y por mí, por causa de su mujer ! La infeliz no me acusa ; pero adivino su pensamiento. ¿ Y ve V. que á todos esos justos motivos de queja se agregue el de mi origen, la mancha que arrojo sobre el nombre de los Fénigan, parientes del tío Jorge también por mí ! No, no tendré el valor de

decirlo, ni á ella ni á su hijo... Aun por la opinión pública y el parecer del juez, si se supiera que Ricardo ha ido á buscar su mujer en una casucha de saltimbanquí, en una familia de vagabundos, echadores de cartas, la fisonomía de mi marido perdería parte de su integridad, por una apariencia de decadencia y degradación que podría comprometerle más.

El abate Ceres, cuyas móviles y enérgicas facciones hacían visibles todos sus sentimientos, pareció al principio estupefacto; pero conmovido luego por la confesión de la joven, le cogió las manos con gesto de familiar bondad :

— Tiene V. razón mil veces, mi querida hija : pero puede estar tranquila. Esto es como un secreto de confesión. Nadie la ha visto entrar aquí más que la tía Lucriot de quien respondo ; por otra parte, sabíase que V. era buena para los pobres y sobre todo con éste. Su presencia en la cabaña donde le daba V. albergue parecería natural, puesto que su marido se ha encargado de pagar el entierro.

Como Lidia mostrara extrañeza, el sacerdote le refirió su encuentro en el camino con Ricardo y el juez de instrucción.

« Querido Ricardo... » suspiró ella, enternecida hasta verter llanto considerando que en medio de

su propio drama, en plena lucha por la vida había pensado en el pobre de Lidia. El sacerdote añadió : « Pienso hacer el entierro mañana, muy digno pero muy sencillo. Le pido que esté de intención conmigo, lo mismo que el domingo próximo, en la misa de la Pequeña Capilla, que será de difuntos y cuya dedicatoria solos V. y yo conoceremos. En el cementerio de Draveil no lo pondremos en la fosa común. Puesto que D. Ricardo me autorizó, compraré un pequeño terreno, lo más cercano que se pueda al camino donde este nómada ha vivido siempre y cargaré una ancha lápida negra donde grabarán las dos fechas de su nacimiento y de su muerte, con el nombre que he descubierto en este cuadero.

Al decir esto tomó en la cabecera de la cama un librito mohoso, grasiento, impregnado del terrible olor, lo que llaman un certificado de identidad, en el cual se leían en medio de sellos de alcaldías y marcas de dedos sucios :

*Jorge Mendelsohn, llamado el tío Jorge.
Rougegoutte (Alsacia), 1802.*

Esto era cuanto se le había encontrado encima, á más de la llave de su *cabaña*, según decía ; una

enorme llave que colgaba de su pescuezo, sobre la carne, cuidadosamente sujeta con una cadena. El pobre hombre era tan viejo, estaba tan enfermo, su memoria era tan incierta respecto de todo lo que no se refería á la *niña*, que el sacerdote no había podido averiguar nada exacto acerca de su país, nombre y familia. Para él empezaba y acababa el universo en Lidia; lo demás era polvo ó niebla del camino. Sin embargo, como el certificado tenía la fecha de su llegada á Soisy antes de la debilidad que produjeron los años y las enfermedades, la cifra 1802 y el nombre de Mendelsohn debían ser exactos.

— Un nombre ilustre en las artes, según creo, señora, preguntó el vicario, sin duda para atenuar la herida de orgullo que suponía en ella, más de lo que dejaba ver. Lidia aprobó suave y tranquila, teniendo en la mano su librito de miseria, en que aquel gran nombre, que bien podía ser el suyo, contrastaba con la página manchada y arrugada, como toda su elegante persona con el suelo terroso de la casucha y con las paredes negruscas y alquitranadas... El prolongado silbido de un remolcador, que pedía la apertura de la esclusa, sacó á Lidia de su ensueño. La llama de las bujías se ahumaba; grandes sombras pasaban por la descolorida faz del muerto, mientras el sacer-

dote de rodillas rezaba. La joven no tuvo ánimo para imitarlo. Dentro de su pecho resonaban demasiadas cosas, y estando más agitada que realmente conmovida, sentía ante todo necesidad de recogerse, de reflexionar. Una mirada más á su pobre, cuyo profundo sueño le dió envidia, y salió...

— ¿ Quiere la señora que la acompañe? cuchicheó la tía Lucriot, adormecida, con la cabeza en sus rodillas, detrás de una balsa.

— Gracias...

Y Lidia desapareció, con el ansia de estar sola, en la espesa niebla, más oscura que antes. Á lo lejos la esclusa cerraba todo el horizonte con sordo y continuo retumbar de trueno, en que se perdía el grito desolado del remolcador. Parecíale que era ella, su vida que naufragaba y pedía socorro. ¡ Hacía tanta oscuridad, había tal confusión en su pobre alma, después de la tempestad de tan largo día! Por la mañana aquel muerto en el césped, después la prisión de Ricardo y, mientras trataba de comprender la singular misiva que le mandaba de la cárcel, el abate Ceres llevándola á la cabecera del tío Jorge!... He ahí pues, lo que había debajo de aquella corona y de aquel escudo de armas, ilusiones doradas de su infancia, en que se envolvía durante las horas dolorosas, donde refu-

giaba sus arrogancias y sus rebeliones inconscientes. Ya conocía la nobleza de su origen y el por qué de sus instintos nómadas y aventureros. Tristes vagabundos que parabais en la fuente de la esquina, caravanas viajeras cuyas humaredas seguía hasta perderlas de vista, por eso os amaba tanto. Erais su país, su tribu ambulante. ¡ Por qué no haber vivido entre vosotras !... Y pensando en Ricardo y en su madre, en aquellas existencias rectas y tranquilas que su sangre de bohemia había trastornado y enloquecido, Lidia lamentaba sinceramente que no la dejaran morir allá á lo lejos, en Quiberón. Hubo un momento en que la proximidad del río, la ribera cortada á pico, el agua profunda que azotaba los estribos del puente y se mezclaba con largas hierbas, cabellera esparcida del abismo, renovaron su tentación de suicidio. Véase subiendo la colina al día siguiente en la carreta de los ahogados... Pero de pronto, el recuerdo de Ricardo, tan amante, tan generoso, el pensamiento de lo que había hecho por ella, la iluminaron sobre sus reales deberes. No, ya no podía disponer de su vida. Aunque no hubiera sentido hacia su marido el sentimiento profundo y suave que le llenaba el pecho, considerábase obligada á seguirle y ayudarle hasta el fin del sendero desesperado donde se había lanzado por

su amor. Y mientras su ardiente y romántica cabecita se consagraba á todas las abnegaciones, á todos los sacrificios, creyéndose deportada con él á un cielo de fuego, y rodeada de presidiarios, el lejano silbido del remolcador que pasaba por Corbeil fué á despertar á Ricardo Fénigan, dichoso con verse en la cárcel reemplazando á su mujer.